

en el país del Meroé, dominio de civilización egipcia. La casta sacerdotal había sabido imponerse á todos y tenía bajo su tutela al rey ó gobernador á quien tenía por conveniente investir con los cargos de la administración. De tal modo había prevalecido el uso, que, á la invitación del Sagrado Colegio, el príncipe debía resignar las funciones que le habían sido confiadas sin decir una palabra ¹. Verdad es que uno de esos reyes acabó por tomar en serio su papel y, mandando á sus tropas rodear el «templo de oro», hizo asesinar á los sacerdotes y á sus novicios ².

De ese modo quedó establecida la lucha entre sacerdotes y reyes para la conquista del poder y para la de la supremacía divina, que, por su acción sobre la tímida imaginación de los súbditos, transformaba su conducta de obediencia en servidumbre. Los reyes que también eran sacerdotes, triunfaron en este conflicto, y durante gran parte de la historia de Egipto, el verdadero culto, á lo menos bajo su forma oficial, no fué otra cosa que la baja adoración de los reyes, divinizados en vida, por el solo hecho de la posesión del poder soberano.

Por lo demás, en inscripciones solemnes no descuidan presentarse como divinidades positivas, y la masa colosal de sus estatuas, labradas en piedras indestructibles, no tiene otro sentido que mostrarlas á la multitud bajo su aspecto de dioses. Con frecuencia sus rasgos, nobles y tranquilos como si estuviesen ya iluminados por la luz del eterno reposo, no tienen nada de personal y no dan idea de la individualidad terrestre; pero también hubo reyes que, creyendo realmente en su divinidad, se hicieron representar bajo su verdadera forma; he ahí como nos han sido conservadas figuras reales tocadas incontestablemente de idiotismo ³.

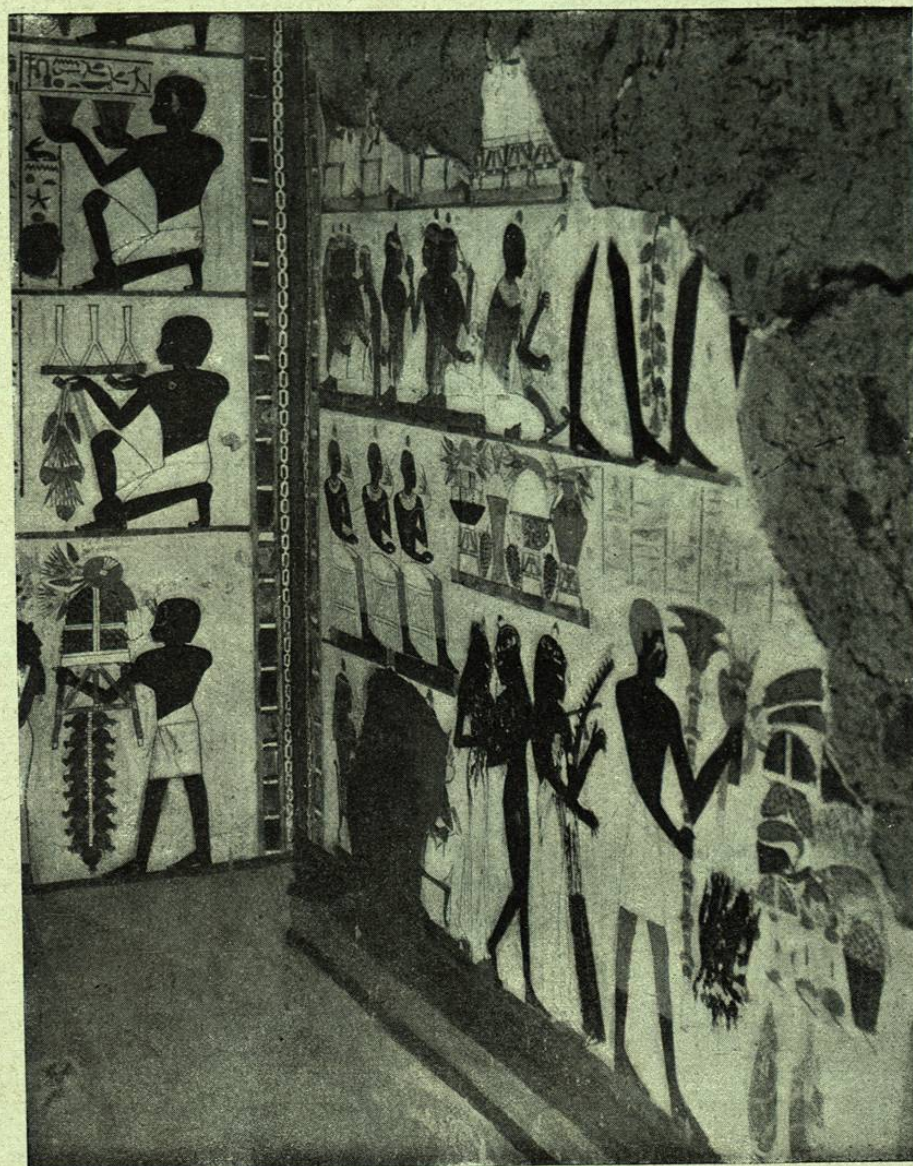
Ese culto de la adoración perpetua de los reyes, transformándose prácticamente en un servilismo completo de las almas y de los cuerpos, echó las poblaciones en las esperanzas quiméricas del más allá.

Los ánimos estaban preocupados por la idea de un fin, pero de

¹ Ollivier de Beauregard, *En Orient, Études ethnologiques et linguistiques*.

² Diodoro de Sicilia, t. II, lib. I.

³ Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations, L'Antiquité égyptienne à l'Exposition de 1867*.



Cl. Beats.

PINTURA EN EL INTERIOR DE UNA TUMBA REAL
(TUMBA NAKHT)

un fin que sería al mismo tiempo un principio, y ningún otro pueblo como Egipto ha discurrido más brillantemente sobre este tema, á lo menos los Egipcios que se permitían el lujo de tener creencias, porque, como en todas partes y siempre, la masa de los súbditos se contentaba con vanas aspiraciones, con prácticas de la magia corriente, encantamientos, gestos, fórmulas hechas que apenas difieren de pueblo á pueblo ni de época á época.

Nuestros cerebros apenas pueden figurarse la *luminosa* (khu), distinta del *alma* (ba), diferente ella misma del *doble* (ka), emanaciones todas del individuo después de su muerte, con el mismo título que la *imagen* y la *sombra* perpetúan la memoria del difunto en otras civilizaciones. El «doble» de los Egipcios era un segundo ejemplar del cuerpo, reproduciéndole rasgo por rasgo en una materia aérea y coloreada; para él se preparaba la *buena morada*, ó la *morada eterna*; para él se cubrían las paredes de la tumba de servidores diligentes, — porque la pintura de un servidor es lo que falta á la sombra de un amo ¹, — para él, la momificación y los sostenes artificiales que se le procuraban bajo formas de estatuas; para él los *fellâhin* por centenas de mil amontonaban piedra sobre piedra.

El «doble» estaba ligado á la tumba, el «alma» circulaba libremente, habitaba entre los dioses, visitaba otro «país del Nilo», un reino de Osiris, más allá del sueño de la muerte. Á veces se trata de un infierno, pero la idea de sanción queda confusa, la creencia de los Egipcios no difería mucho sobre este punto de las de los Cristianos de nuestros días; sin embargo, no creían que una falta temporal, por grande que fuese, pudiese merecer un suplicio eterno ².

La religión de los Egipcios no fué, pues, ese inmutable conjunto de creencias que los historiadores griegos y, después de ellos, los egiptólogos clásicos se habían imaginado en un principio, sino que evolucionó. Después de la solicitud por la suerte del «doble», el fiel concentró sus aspiraciones sobre una segunda vida, pide «el aliento para su nariz», encuentra la beatitud en la frase de bienvenida pronunciada por Osiris: «Yo te doy las renovaciones indefinidas». El

¹ G. Perrot, *De la Tombe égyptienne*. «Revue des Deux Mondes», 1881.

² E. Amélineau, *Résumé de l'Histoire d'Égypte*, p. 56. — E. Maurice Lévy, *Nota manuscrita*.

Egipto de entonces no creía en la resurrección, sino en una serie sin fin de renacimientos ¹.

De todos los documentos legados por el antiguo Egipto, el que puede considerarse como la «Biblia», como el libro sagrado por excelencia que comprende el fondo mismo de la religión, es el «Libro de los Muertos», que se colocaba en las vendas de las momias y que seguía al «doble» en el reino del Occidente. Se poseen muchas formas de este libro, y las variantes son numerosas, pero cualesquiera que sean las diferencias de las fórmulas y de las invocaciones, el ritual habla siempre un lenguaje de augusta solemnidad que atestigüa la intensidad de emoción causada por el paso de la primera á la segunda vida. Las frases consagradas nos presentan la existencia terrestre como una preparación á la que seguirá cuando el hombre, completamente purificado por las pruebas del *Amenti* ó «Mundo Occidental», acabará por ser reconocido «justo» y por entrar, Osiris humano, en un estado de divinidad verdadera; entonces volverá hacia su cuerpo para animarle de nuevo, transformarle en una envoltura gloriosa que no conocerá ya ni el dolor, ni la decadencia, ni la muerte ².

La omnipotencia del sacerdote daba á los ritos, á los encantamientos y sobre todo á las ofrendas muy provechosas á la casta, una importancia suprema en la salud de los muertos; sin embargo, el fondo de justicia y bondad que se había conservado en esas poblaciones agrícolas reaparece incesantemente en el formulario del ritual, como una supervivencia del antiguo Egipto que los primeros agricultores habían conquistado sobre los pantanos del Nilo por su dura labor, su estrecha solidaridad y ese sentido de la medida que hizo de ellos admirables geómetras. «He dado pan al hambriento, he dado agua al que tenía sed, he dado vestidos al que estaba desnudo»; y cada maestro, cada uno dedicado al trabajo se alaba, en sus panegíricos mortuorios, de su espíritu de inagotable caridad: «Yo soy el báculo del anciano, la nodriza del niño, el abogado del miserable, el que calienta á los que tienen frío, el pan de los caídos». «Yo soy el padre de los que no tienen padre, la madre

¹ A. Gayet, *Coins d'Egypte ignorés*.

² G. Maspero, *Mémoire sur quelques Papyrus du Louvre*.

de los que no tienen madre»... «Jamás he hecho trabajar á nadie más que lo que yo mismo he trabajado»... «Jamás he calumniado al esclavo cerca de su amo». Y no solamente el difunto pretende haber sido bueno y justo, sino que se alaba también de su valor en la defensa de los débiles contra los fuertes. «Yo he separado el brazo de los violentos, he opuesto la fuerza á la fuerza, he sido altanero con los altaneros y he bajado el hombro al que levantaba el hombro». Verdad es que todos estos son simples epitafios, men-



SARCÓFAGO
DE UN ESCRIBA REAL DE LA DINASTÍA XIX

Cl. Giraudon.

Museo del Louvre.

tidores como lo son casi todos, pero la insistencia con que los elogios póstumos hablan de las cualidades del muerto, prueban al menos que tenía la conciencia de lo que es noble, equitativo y bueno.

Esa gran ambición de la vida futura divinizada se traducía prácticamente en la existencia de los Egipcios por el cuidado prodigioso que se daba á los cadáveres, y esto desde el período prehistórico: en las más antiguas tumbas, las osamentas recogidas conservan las huellas de ingredientes empleados para la conservación de los cuerpos ¹. Mas para estar seguro de la duración del

¹ E. A. Wallis Budge, *The Book of the Dead*.

cadáver en espera de la resurrección futura, no bastaba embalsamarle, sino que era preciso protegerle contra las fieras, á cuyos ataques le exponía más que en todo otro país el doble frente de las montañas desérticas; era preciso ocultarle bajo montones de piedras ó hasta en la roca viva; había también que rodearle de palabras mágicas para defenderle contra la mala suerte y los espíritus malos, y para esto servía el «Libro de los Muertos», la recopilación de formularios que debían recitar ó salmodiar los parientes y los amigos del difunto.

Todos los usos de los tiempos históricos prueban cuánto empeño tenía el ribereño del Nilo en ser religiosamente «recogido hacia sus padres», y á la realización de esa aspiración se aplicaba la parte principal de los ingresos personales; la momificación de los cuerpos que pertenecían á alguna alta familia costaba un talento, ó sea algunos miles de francos en moneda moderna; hasta el tratamiento de los cadáveres pertenecientes á las clases pobres importaba sumas relativamente considerables y empleaba siempre setenta días reglamentarios de preparación. Así sucedía que los indigentes, los que no tenían nada, los que no podían comprar las drogas, ni pagar los obreros, ni disponer de sepulcro familiar, ni aun de algunos pies cuadrados en la necrópolis común, habían forzosamente de renunciar á la esperanza de renacer en una vida más dichosa: perecían por completo. Los sacerdotes eran bastante ricos para conservar por multitudes los cuerpos de los animales sagrados, ibis, buitres, gavilanes, lechuzas, gatos, chacales, cocodrilos, monos, ratones, murciélagos, serpientes, pescados y escarabajos, pero á muchos humanos se les negaba ese privilegio. Sin embargo, millones y millones de generaciones sucesivas han depositado sus momias en los hipogeos de Egipto: hay muchos sitios en que el polvo que se pisa es por completo polvo humano. En este sentido ha podido decirse del antiguo valle del Nilo: «Nada hay profano en ese país. Todo es sagrado»¹.

Los arqueólogos hablan con admiración de la prodigiosa importancia que había tomado en Egipto esa industria de los embalsamadores, que ocupaba obreros por centenas de mil. Han tratado de

¹ Leop. von Ranke, *Weltgeschichte*, t. 1, p. 7.

darse cuenta de la cantidad de productos inmovilizados en las tumbas: telas comunes y preciosas, licores odoríficos y antisépticos, gomas, materias bituminosas y substancias químicas, sin contar los amuletos, los encantos, las fórmulas de conjuro, cosidos ó colocados en los vestidos. Para un solo cadáver se empleaban á veces vendas con una longitud total de «1000 aunes», y cada una de ellas había sido perfumada con drogas de la Arabia Feliz; la conservación de los muertos absorbía quizá los cuidados de más de la mitad de los vivos.

Pero la historia de la momificación evolucionó como todas las cosas. En las primeras tumbas excavadas por Amélineau, bajo los cerros de Abydos, los esqueletos están colocados en una posición encogida, que es la actitud natural de los indígenas cuando reposan en sus cabañas después de los trabajos del día: casi esa misma es la posición de las momias peruanas en sus *huacas*. En esas mismas tumbas Amélineau ha descubierto cuerpos que habían



MOMIA DE LA REINA TIA

sufrido ya algunos ensayos de momificación por medio del natrón ó de substancias que producen casi los mismos efectos¹. Las primeras momias tratadas según los procedimientos clásicos, las de las necrópolis de Menfis, son negras, secas, quebradizas, en tanto que las de Tebas tienen un reflejo dorado y presentan cierta elasticidad; el pie de una momia en el museo Guimet parece una pieza de marfil pulido. En las épocas bajas se vuelven negras, pesadas, informes, la costumbre de embalsamar los cuerpos no era ya más que una vana práctica habiéndose desvanecido la fe.

¹ *Les nouvelles Fouilles d'Abydos*, p. 25.

La misma evolución se observa en la decoración de las tumbas. Antes de la época de la dinastía XII, es decir, antes de las edades de la gloria de Tebas, cuando los Egipcios no estaban aún preocupados por la idea de la muerte y el arte de conservar los cuerpos estaba relativamente poco desarrollado, las casas eternas, las tumbas, especialmente las de la necrópolis de Sakkarah, cerca de Menfis, nos



MÁSCARA DE ORO DE LA REINA TIA

revelan que la sociedad contemporánea era bastante libre de espíritu y no se había empequeñecido aún bajo la mano del sacerdote. Ninguna imagen representaba allí al dios: Osiris estaba ausente; sólo Anubis guardaba ya la puerta funeraria. Allí el muerto estaba en su casa, con su mujer y sus hijos, también con sus criados, porque la gran propiedad estaba ya constituida; todo estaba dispuesto en la casa mortuoria para que el propietario estuviese allí cómodamente y pudiese continuar los trabajos habituales. Sobre todo se tenía gran cuidado de que ningún extranjero viniese á turbarle en la soledad en que había de quedar para siempre.

Cuán diferentes de esas primeras tumbas confortables y decoradas de alegres imágenes, son los espantosos hipogeos donde los sacerdotes, ya vencedores, enterraron á los desgraciados que vivieron bajo el terror de sus temibles enseñanzas. En esas tumbas, construídas bajo la dirección sacerdotal, toda imagen es espantosa: las almas de los muertos, habiendo vivido en el miedo se despertarán en el espanto¹. Y ese vértigo de la muerte sube desde el sepulcro á la superficie, persigue al hombre en todos los actos de

¹ Ernest Renan, *Mélanges d'Histoire et de Voyages*, p. 47.

su vida, asiste hasta en sus banquetes; durante los festines se paseaba un ataúd alrededor de la mesa, para recordar á los convidados cuán corta era la vida. Vino después la época de evolución final, en que todas esas prácticas no son ya sino supervivencias despojadas de significación, en que las inscripciones de los estelios hablan una lengua olvidada, en que ideas completamente nuevas, las de la vida alegre y libre, se mezclan á las de la muerte, y, como un rayo de luz, penetran en el negro sepulcro. Así es como poco tiempo antes



PUEBLO SOBRE EL NILO, CASAS CON PALOMARES

Cl. Al. Vista.

de la conquista romana, un gran sacerdote, cuya mujer acababa de morir, redactó para ella una inscripción en que la fraseología piadosa recuerda las graves enseñanzas de otros tiempos, pero á la que añade esta singular exhortación: «No te abstengas de beber, de comer, de embriagarte, de hacer el amor; no dejes entrar la pena en tu corazón».

Únicas entre las tumbas egipcias son las admirables pirámides, de las cuales, durante miles de años, una de ellas quedó siendo el más alto edificio elevado por los hombres, y que por su misma forma aparecen indestructibles. «Quizá esos gigantescos sarcófagos, monumentos más antiguos del mundo, sobrevivirán á todos los demás», dice un autor¹, hablando con cierto énfasis de esas construcciones, que no fueron de las primeras, habiendo sido evidentemente imitadas de los templos escalonados erigidos sobre las orillas del Tigris

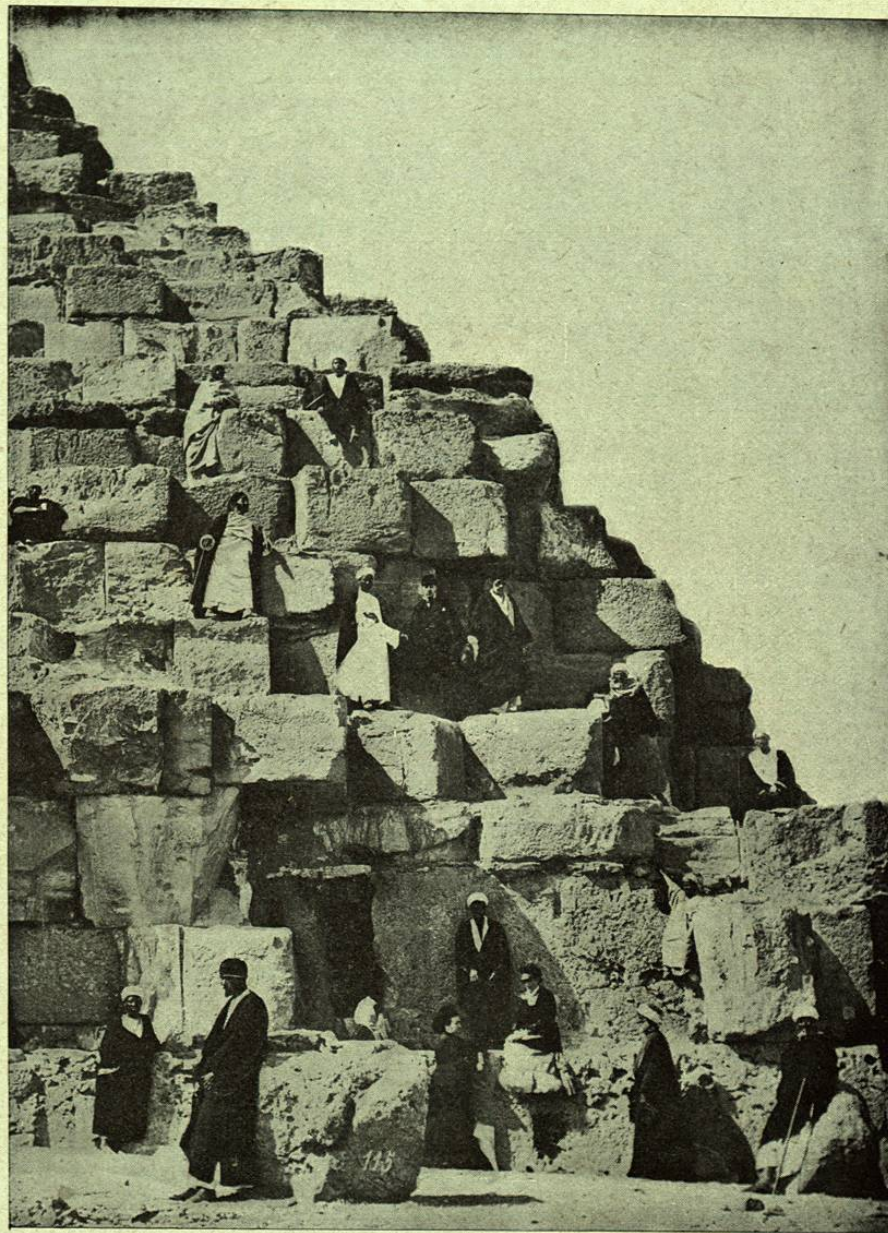
¹ Gustavo Lebon, *Les premières Civilisations*, p. 11.

y del Eufrates. Las generaciones que se han sucedido después de haberse erigido esos enormes montones de piedras sobre el límite del desierto libio, no han vuelto del estupor que les han causado esos prodigiosos amontonamientos, y leyendas obstinadas hacen intervenir en esta obra tan pronto los genios de lo alto, como los demonios de abajo; por otra parte, no pocas inteligencias de primer orden, á quienes repugnaba la idea de que para el cadáver de un solo hombre se hubiese empleado el trabajo de todo un pueblo durante años, se han negado á ver simples tumbas en las altas masas de las pirámides, viendo en ellas monumentos de orden científico que atestiguan conocimientos á los cuales habían llegado los Egipcios, hace miles de años, en la aurora de la historia.

Ciertamente las «piedras hablan»: dicen que los constructores del valle del Nilo podían tallar sus materiales con admirable precisión y que tenían la solución de muchos problemas geométricos; tenían también, como sus antecesores de los ríos caldeos, nociones astronómicas muy extensas y sabían orientar sus edificios; pero se ha querido ver una significación más alta en las relaciones que presentan entre sí las diversas partes de las pirámides, sobre todo de la mayor, la pirámide llamada de Kheops ó de Khufu, según el rey que la hizo construir para recibir su cuerpo. En primer lugar se ha considerado ese monumento como un resumen de la ciencia geodésica, debiendo corresponder cada una de sus dimensiones, de sus aristas, de sus divisiones y subdivisiones á fracciones simples del diámetro ecuatorial.

Se ha supuesto también que la gran pirámide era una especie de depósito que contuviera el «secreto del Nilo»¹. Mientras que la masa del pueblo quedaba condenada durante miles de años á ignorar los manantiales del gran río, y los reyes majestuosamente sentados en los tronos, y los sabios perorando bajo los pórticos, se sucedían interrogándose en vano sobre los orígenes del agua sagrada, los sacerdotes se transmitían misteriosamente el mapa figurado por la disposición de las cámaras existentes en las tinieblas de la pirámide: aquí el gran lago á que hoy se da el nombre de Nyanza,

¹ L. Mayou, *Le Secret des Pyramides de Memphis*.



Cl. Bonfils.

ASPECTO ACTUAL DE UN ÁNGULO DE LA GRAN PIRÁMIDE